

PARTE PRIMERA

DIARIO DEL TENIENTE KONZOV

«Sin duda alguna es una impostora...»
(De una carta de Catalina II)

I

SACUDIDOS POR LA TEMPESTAD

*Mayo de 1775: Océano Atlántico.
Fragata Águila del Norte.*

Hemos sufrido durante tres días y tres noches la tormenta, y sus bandazos eran tan violentos que ni escribir podía. Amainó por fin la galerna y se calmó la mar. Nuestra fragata, «El Águila del Norte», pasado el Estrecho de Gibraltar, se halla en un punto del Atlántico que no puedo precisar en este momento. Roto el timón y sin velamen, una fuerte corriente marina nos arrastra hacia el Sudoeste... ¿Adónde nos conduce el destino? ¿Cuál será nuestra suerte? ¡Sólo Dios lo sabe!

Es de noche. Me encuentro solo en mi camarote y me dispongo a escribir. Lo haré hasta donde me permitan mis fuerzas. Y luego, puesto el manuscrito en una botella cerrada herméticamente, pienso confiarlo a las olas, con el ruego de que quien lo hallara, lo remita a las señas que indico.

¡Dios Omnipotente! ¡Consérvame la memoria! ¡Sé mi fortaleza en tan duro trance y concédeme el sosiego, tan necesario a mi atribulado espíritu!

* * *

Mi nombre es Pablo Eustaquio Konzov y soy oficial de la marina de su alteza la emperatriz Catalina II.

Cinco años atrás, gracias a Dios y a mi gran fortuna, logré distinguirme en la memorable batalla de Tchesmen. Nadie habrá olvidado que en aquella noche del 26 de junio de 1770 se cubrieron de gloria nuestros valerosos tenientes Illin y Klorachev, que acometieron a la flota turca con cuatro pontones formados de viejas barcasas griegas, contribuyendo con gran eficacia a su aniquilamiento.

En aquel combate mi puesto estaba en el «Januaria» cuya misión era proteger el avance nocturno de nuestros pontones armados. Quizá peque de inmodesto si digo, en honor a la verdad, que quiso la suerte que fuese el primero en alcanzar una nave enemiga con un bombardazo tan certero, que el inflamado proyectil penetró en el mismísimo pañol de la santabárbara del galeón almirante enemigo, con el consiguiente efecto definitivo. Los turcos no tuvieron tiempo de reponerse de su sorpresa, y nuestros pontones lograron acercarse lo necesario para incendiar el resto de la escuadra enemiga. Tanta fue nuestra fortuna y tal el acierto de la maniobra, que de cien naves, entre fragatas, galeones y galeras, al amanecer sólo quedaban unos pocos restos flotantes, humeantes aún...

Esta hazaña fue cantada por nuestro gran poeta Yeraskov, quien se dignó incluso mencionarme en las siguientes estrofas, inspiradas y altisonantes:

*Konzov, lanzando al turco la metralla,
la gloria mereció en la cruel batalla...*

Aquellos halagadores versos los aprendimos todos de memoria.

Debo decir, sin embargo, que algunos ingleses como Mackenzie, Dougall, y algunos más de los que estuvieron en los famosos pontones, trataron de adjudicarse por entero el mérito de la victoria. Afortunadamente esta opinión no fue compartida por nuestro alto mando, y a todos se nos recompensó con justa generosidad. Por lo que a mí respecta, me ascendieron a teniente, agregándome además, al servicio personal del héroe de la batalla, el conde Aleksei Grigorievich Orlov.

Fui afortunado durante aquel periodo. Nuestros días transcurrían alegres entre agasajos y comilonas. Descansábamos en nuestros recientes laureles entre muestras de simpatía que no escatimaban franceses, venecianos ni españoles. La guerra aún no había terminado pero nosotros, los de la Armada, de hecho no tomábamos parte en ella habiendo dejado a los turcos sin poderío en la mar.

Recuerdo que el príncipe Aleksei Orlov solía exclamar: —¡Esto sí que es vivir! ¡Es el cielo en la tierra!

Y sin embargo acariciaba sueños más ambiciosos, alimentados por su situación privilegiada en la Corte, premio a su apoyo en la entronización de nuestra emperatriz.

¿Quién podía imaginar que me acechaba el más cruel de los destinos? Y la fatalidad me asestó su primer golpe cuando menos lo esperaba.

Corría el año 1773. Nuestra escuadra cruzaba el Adriático cuando fui destinado para una misión muy delicada al país de los bravos montenegrinos.

Debía realizarla de noche y con fortuna logré desembarcar y cumplir mi cometido. Mas, al regresar, tropezamos con un patrullero enemigo que al divisar un cúter sospechoso se lanzó en persecución nuestra.

Durante algún tiempo pudimos hacerle frente, y resistimos hasta consumir nuestro último grano de pólvora. Todos mis marineros sucumbieron heroicamente, y yo mismo me desplomé al fondo de la embarcación, malherido en un hombro y perdiendo por momentos el conocimiento.

Apresado por los turcos, éstos no tardaron en descubrir mi verdadera nacionalidad a pesar de mi completo disfraz de albanés.

Sin embargo fui tratado con cierta solicitud, sin duda en espera de un buen rescate por mi libertad.

Entre tanto, yo pensaba para mis adentros:

—¡Pobre de ti si averiguan que en cierta ocasión les echaste a pique la nave almirante!

II

ENCARCELAMIENTO

Mi cautiverio duró dos años. Al principio me encerraron en una dependencia del Edículo, el imponente castillo de las Siete Torres, pero luego juzgaron oportuno trasladarme a una de las trescientas mezquitas que adornan Estambul, y en mi nueva prisión me cargaron de cadenas. No sé si lograron finalmente averiguar mi verdadera condición de oficial de la marina rusa, pero el caso fue que decidieron convertirme al islamismo, con el propósito evidente de aprovechar mis conocimientos y aptitudes.

Aquella mezquita se hallaba situada en la orilla misma del Bósforo, de tal suerte que a través de los barrotes de mi celda podía contemplar el mar y el vaivén de las innumerables barcas que lo cruzaban.

Mi carcelero resultó ser un *mollah* eslavo de origen; era un búlgaro renegado de Gábrov, y gracias a la afinidad de nuestros idiomas pronto conseguimos entendernos con bastante facilidad.

Siguiendo las instrucciones que sin duda había recibido, empezó desde los primeros días a alabar los usos y costumbres musulmanas, ensalzando al *Bajá* con frases altisonantes, y para convencerme de las excelencias de su religión, empleaba los argumentos más diversos.

Al principio me indignó tanto su conducta que me encerré en un feroz mutismo; mas luego, forzado a tolerar su presencia, comencé a replicarle y a discutir. Por otra parte, para congraciarse conmigo y como muestra de la generosidad musulmana, mi *mollah* consiguió que me trasladasen a una celda más confortable —la mejor de la mezquita— y que me diesen buena y abundante comida.

Alojado en la planta baja del edificio me trataron con mucha consideración y no me faltaron ni tabaco, ni comida, ni vino. Además, mi carcelero me obsequiaba diariamente con toda clase de suculentos manjares y variados dulces, e incluso llegaban a mi mesa los vinos generosos. Sin embargo seguía preso y vigilado.

Al principio el *mollah* observaba muy escrupuloso los preceptos del Profeta y no catava los excelentes vinos que me ofrecía. Entraba en mi celda varias veces al día siempre con la misma cantinela:

—No seas terco. ¡Conviértete! Serás libre... Serás rico y feliz. Mira cuántas hermosas naves nuestras surcan los mares. ¡Podrías ser un gran *Capitán-Baja*!

Como es natural rehusaba enérgicamente y no pocas veces su insistencia llegaba a exasperarme tanto que lo despedía con improperios que hoy no me atrevería a repetir.

En mi duro camastro yacía sumido en tristes reflexiones, inmóvil, durante largas horas. Pensaba en mis amigos, en los seres queridos, en mi libertad perdida quizá para siempre. Sentía la añoranza de la Patria, recordando aquellos felices días que se fueron, los mejores de mi vida.

Y pensaba en esa vida mía también... Pero al evocar tan tristes recuerdos, mayor era mi angustia, más honda mi desesperación.

¡Nunca olvidaré aquellas horas interminables, largas como siglos, amargas como acíbar! Y ahora, como entonces, vuelven los recuerdos. ¡Siempre los mismos!

En mi alma veo el florido rincón de mi querida Ucrania, donde nací. ¡Amada Konzovka mía! ¡Mi pobre abuela!

Y el recuerdo es tan vivo, que parece de ayer.

Recién salido de la Escuela Naval había regresado a mi pueblo natal donde residía mi abuela Agrafena Vlasevna, una Konzova como yo.

Lindaban con nuestras tierras las de los Rakitine, mucho más extensas puesto que se trataba de gente acaudalada. Él se llamaba León Hieraclevich, era un brigadier retirado, un viudo taciturno que tenía una hija bellísima, de nombre Irene.

Y quizá sea éste el comienzo de todos mis infortunios.

¿Cómo empezó aquello? Yo mismo no sabría explicarlo. Nuestro primer encuentro fue en la capilla del pueblo propiedad de los Rakitine, durante las ceremonias religiosas. Luego, en los cada vez más largos paseos por la campiña florida, por los bosques umbrosos y entre las doradas mieses... Su belleza y nuestra juventud pusieron el resto.

Porque Irene era muy bella, de hermosos y grandes ojos negros y cabellos abundantes, más negros aún que los ojos, con piel morena, sin brillo, cálida. Su voz era suave y armoniosa, y cantaba con arte y sentimiento las mejores obras de Glück, de Bach o de Haydn, acompañándose magistralmente con el clavicordio.

No me cansaba de escucharla y así llegué a quererla, a adorarla como si fuese una diosa. ¡Ella lo fue todo para mí! ¡Horas alegres y felices en las mañanas radiantes de sol!

¡Horas románticas del atardecer quieto! ¡Horas de ensueño sentimental en las noches cálidas!... Su culto hubiese llenado mi vida entera.

Nuestras citas fueron cada vez más frecuentes y las entrevistas más largas.

Luego nos escribimos. Eran cartas de amor llenas de esperanza, en las que se desbordaban mi ternura y la alegría de vivir.

Así transcurrió el verano. ¿Cómo podré olvidar aquellos días? ¡Había tanto encanto en el ensueño que creíamos que iba a durar eternamente! ¡Pobres ilusiones, destrozadas por la realidad! Un triste incidente iba a cambiar todo el rumbo de mi existencia, quebrando su destino.

Y fue así: una de mis encendidas cartas cayó en manos de su padre, y éste, lejos de aprobar nuestras relaciones se mostró enérgicamente inflexible. No sé aún si su severidad e intransigencia o los convincentes argumentos que sin duda adujo, fueron los culpables de que yo sufriera el desprecio de mi amada. ¡Triste es recordarlo! ¡Han pasado los años y aquel recuerdo perdura cruelmente!...

Había llegado el otoño. En los campos el tono ocre aumentaba la melancolía, y el aire se mostraba heraldado de los próximos fríos. Era la mañana de un día festivo..., mañana triste como presagio de desgracias.

Nos preparábamos para la misa cuando el trote de un caballo llamó nuestra atención, y a los pocos minutos apareció un mensajero con la librea de gala de los Rakitine. Se acercó a mi abuela y luego de saludarla profunda y respetuosamente le entregó un sobre lacrado, advirtiéndome al mismo tiempo que no esperaba respuesta. Sin saber por qué, me dio un vuelco el corazón y cesó de latir mientras mi abuela leía la misiva. Y el corazón no me engañaba: ¡era una negativa rotunda!

«Me perdonará —escribía Rakitine—, pero aún reconociendo las altas cualidades que adornan a su nieto, debo manifestarle que no es partido que pueda convenir a mi hija. Por tanto, no veo motivo alguno para que siga mandándole tiernas cartas que puede reservar para otra persona más digna de sus atenciones. No se ofenda por lo dicho y tenga la plena convicción de que hallará siempre en nosotros unos buenos amigos, amigos que le aprecian profundamente, pero...»

¿Para qué seguir? Aquellas líneas me dejaron anonadado. Era el despeño de la soñada felicidad. Sentía como si todo mi ser se precipitara en un abismo sin fondo, en un torbellino de dolor, vergüenza y desengaño. ¡Los opulentos Rakitine menospreciaban a una familia por su menor caudal, desdeñando nuestro abolengo, tanto o más noble que el suyo!...

—¡Quédense con sus tesoros! —exclamaba con mal reprimido despecho y sin querer rendirme aún ante el acerbo dolor que me atenazaba.

—¡Nada me importan ya! ¡Ah, Irene, Irene! ¡Tu soberbia, tu orgullo, han vencido a los delicados sentimientos en los que depositaba toda mi fe!

Erré sin rumbo durante la mañana. Y todo me era hostil e insoportable: estancia, casa, objetos, e incluso personas.

El día era triste, frío. Murieron para mí aquellas mañanas radiantes, aquellas horas felices... Del cielo plomizo caía una lluvia fina, monótona como una obsesión. ¡Pesadumbre y melancolía en las siluetas de los árboles ya desnudos!... Aquello era insufrible. A los accesos de dolor lacerante sucedían la postración y el abatimiento. Era incapaz de pensar, de razonar.

Ordené, por fin, ensillar mi caballo favorito y como un loco me lancé por los campos desiertos en desenfrenada carrera. ¡No sé cuánto tiempo estuve galopando sin rumbo,

azotado por el viento y la lluvia, y por las ramas que me herían el rostro. Sólo sentía cómo me invadían el alma la soledad, la tristeza de las últimas hojas y la melancolía de la tierra fangosa.

Apenas noté la entrada de la noche. Sin crepúsculo, sin la armonía del ocaso, se tendió tétrica y negra, rodeándome de glaciales tinieblas.

Y sin saber cómo, me hallé al fin ante el jardín de los Rakitine. Después de atar a un árbol mi caballo extenuado, me acerqué con sigilo a la casa que sólo divisaba como una sombra más densa. Sí, allá, a la izquierda, estaba su ventana.

¡Su ventana! ¡Tantas veces había acudido a ella!

¡Cuántos encontrados pensamientos cruzaron por mi pobre mente atormentada! ¡Loco! Pensé que bastaría que ella conociese mi presencia para que acudiera...

¡Aún esperaba!... Imaginaba que se echaría en mis brazos, que lo abandonaría todo para huir..., huir conmigo al fin del mundo donde nadie se opusiera a nuestro amor, donde seríamos felices eternamente.

Esperaba verla, abrazarla, llorar juntos todo nuestro dolor, gritarle una vez más mi desesperación.

Y la llamaba en silencio, con todos mis sentidos, con la tensión de todo mi ser, como si aquel mudo clamor de insensato pudiera llegar hasta ella.

—¡Irene!... Ven, Irene —murmuraba trémulo—. Él no te quiere. No sabe comprender tu dolor. No sabe lo que es compasión... ¡Irene!... ¡Irene!...

Una y otra noche acudí a su ventana, esperando siempre que se asomara. Intenté mandarle una carta que quedó sin respuesta. Y mi zozobra crecía. Una de aquellas noches hasta pensé en el suicidio. Allí mismo acabaría con una vida inútil y vacía. Me procuré el arma, mas..., no llegué a apretar el gatillo.

—¡No..., no..., ese sacrificio no es necesario! ¡Quién sabe! Quizá ha preferido a otro. Esperaré. Averiguaré si realmente existe el rival afortunado...

Al día siguiente supe que los Rakitine apenas enviada la carta que tan amargas horas me proporcionara, habían abandonado aquellos lugares. Me informaron que con dirección a una finca que tenían no sé qué parientes lejanos al otro lado del río Oká, pero sin poder precisar el lugar exacto. Así quedaba explicado el silencio de Irene.